

ETNOLOGÍA

EL MITO DE LAS SIETE CIUDADES

María Eugenia Cué

Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM

Resumen: El mito de las Siete Ciudades consistía básicamente en la idea compartida por aventureros, cartógrafos, exploradores y especialmente navegantes sobre la posible existencia de una agrupación de siete ciudades en una sola isla que tenían como característica la abundancia de riquezas naturales, oro y piedras preciosas. Esta leyenda pudo tener sus orígenes en la Europa medieval y derivarse de la creencia en la Isla Antilia; mientras que podemos encontrar su contraparte indígena en la América septentrional, relacionada con las organizaciones septenarias del grupo nahoá que habitaba la región.

La evolución de dicha creencia llegó hasta América en el momento de la conquista y se fusionó con aseveraciones de los nativos, motivando con ello la propuesta de acudir en busca del legendario lugar. Con el objetivo de determinar su localización e iniciar su conquista, la Corona española organizó diversos viajes a las ciudades, conocidas posteriormente como Cibola y Quivira, consideradas por los españoles las posibles siete ciudades. Dentro de la carrera de exploración resaltan dos viajes realizados en 1540 por el fraile Fray Marcos de Niza y posteriormente por Francisco Vázquez de Coronado, quienes no encontraron lo esperado, pero fueron los primeros extranjeros en recorrer aquellas zonas, aportando valiosos informes sobre la región, hasta entonces desconocida para los invasores.

Palabras clave: siete, ciudades, Cibola, Quivira, Niza, Coronado, Antilia.

DESCRIPCIÓN DEL MITO DE LAS SIETE CIUDADES Y BREVE RESUMEN DE LOS PRIMEROS VIAJES QUE ZARPARON EN SU BÚSQUEDA

Desde siempre el hombre se ha lanzado a los océanos en busca de todo aquello que su imaginación le sugiera. Muchas y de muy diferentes lugares fueron las expediciones que zarparon en busca de algún paraíso. Sin embargo, no siempre quedaron testimonios escritos de estos viajes, y prevalecieron los relatos orales, que pasaron de generación en generación, así como algunos mapas y descripciones proporcionados por los viajeros o algunos cartógrafos. Durante la Edad Media los geógrafos europeos estaban convencidos de que existían tierras en el Occidente, y se hablaba de viajes fabulosos que algunos aventureros habían realizado hacia esos lugares. Esto propició el nacimiento de diversos mitos que surgieron en Europa y que se reprodujeron en América con el afán de explicarlo todo con la autoridad de los sabios antiguos.

De estos viajes surgió gran número de mitos en relación con lo que pudiera existir en el océano y en tierras lejanas. Uno de éstos fue el mito de

las Siete Ciudades. Encontramos en el libro del cronista Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra firme del mar océano*, dec. I, lib. I, cap. II., la mención más descriptiva sobre este mito:

[...] el tiempo que se perdió España, reinando el Rei Don Rodrigo [siete obispos portugueses huyeron de la invasión de los árabes, y embarcándose con mucha gente, aportaron a la isla Antilla (Gandía, 1929: 59)] adonde cada uno hizo su pueblo; i porque la Gente no pensase en tornar, pusieron fuego a los Navíos [...]

Más adelante, en el mismo manuscrito, Herrera se refiere a la misma isla como sigue:

en tiempo del Infante D. Enrique de Portugal, con tormenta, corrió un navío que había salido de Portugal, i no paró hasta dar en ella [la isla de las Siete Ciudades], i los de la Isla llevaron a la Gente del Navío a la Iglesia, por ver si eran Christianos, i hacían las ceremonias Romanas; i visto que lo eran, les rogaron que estuviesen allí, hasta que viniese su Señor; pero que los Marineros, temiendo que les quemasen el Navío, i los detuviesen, se bolvieron a Portugal mui alegres, confiando de recibir mercedes del Infante, el qual los maltrató por haverse venido sin más razón, i los mandó bolver; pero que el Maese i los marineros no lo osaron hacer i salidos de el Reino, nunca más bolvieron.

En el cap. III, dec. I, lib. I, Herrera agrega que:

Dicen más, que los Grumetes del Navío Portugués cogieron cierta Tierra o Arena para su fogón i hallaron que mucha parte de ella era oro.

Lo descrito anteriormente permite interpretar que el mito las Siete Ciudades deriva de un supuesto viaje que, huyendo de la invasión árabe, realizaron siete obispos portugueses, acompañados de hombres y mujeres con todas sus pertenencias en busca de algún lugar donde establecerse. Todo indica que se embarcaron con rumbo hacia el occidente, y llegaron a alguna isla situada en el océano Atlántico. La supuesta isla donde se establecieron adquirió el nombre de Isla de las Siete Ciudades, ya que se creía que cada obispo había establecido una ciudad diferente y en cada una de ellas abundaba el oro y existía gran cantidad de piedras preciosas.

Esta isla fue posteriormente conocida también como la isla Antilia, lo que nos sugiere una compenetración de dos mitos: el de las Siete Ciudades, y el de la isla Antilia.

La palabra Antilia deriva de Ante-ilha que quiere decir, la “isla opuesta” o la “isla de enfrente”. El autor Enrique Gandía refiere que “[...] el nom-

bre Antilia es corrupción de Atlántis” (Gandía, 1929: 5), mientras que R. Cronau en su *América, Die Geschichte seiner Entdeckung, von der ältesten bis auf die neuste Zeit* (Leipzig, 1892) dice a su vez que

[...] en realidad, la etimología más lógica sería la del griego *anthinos, florido*, especialmente si se piensa en una “isla Florida o de las Flores”; pero el prefijo *anti, contrario-a*, resume claramente los conocimientos físico-geográficos de los antiguos, que como lógico contrapeso, suponía hacia los antípodas una hipotética Antilia (Gandía, 1929: 6).

POSIBLE ORIGEN DEL MITO

Para poder enmarcar el mito de las Siete Ciudades dentro de un espacio histórico y temporal que mantenga dentro de lo posible una continuidad en el desarrollo del mismo, tomaremos lo que consideramos como dos influencias originales, capaces de dar principio, aislada o conjuntamente, al mito europeo.

1. Los relatos y, sobre todo, las realizaciones cartográficas de la época que influyeron en la mente de portugueses y españoles y propiciaron sus salidas en busca de la isla de las Siete Ciudades.

2. El ambiente histórico-social que en la baja Edad Media creó las condiciones para la aparición de un mito como éste.

INFLUENCIAS LITERARIAS Y CARTOGRÁFICAS PARA LA APARICIÓN DEL MITO

Varios fueron los relatos sobre caballerías en la Edad Media que influyeron en la mente de los habitantes europeos y que propiciaron la creación de diversos mitos. Uno de éstos pudo haber sido la leyenda irlandesa sobre San Brandan. Este mito se deriva de la creencia que imperaba entre los navegantes sobre la existencia de una Isla llamada con el mismo nombre. Se le conocía también como Brendan, Barandán o Borondón.

El nombre deriva de un obispo abad irlandés nacido entre los años 484-486 a.C., canonizado por la religión cristiana, que realizó varios viajes por mar hacia Gales y Gran Bretaña. Uno de éstos hacia el océano Atlántico, en busca de “la tierra prometida”, lo llevó a una isla desconocida donde “[...] con siete discípulos fundó siete iglesias [...]” (Mier, 1944: 143). Su travesía quedó plasmada en la novela *Navigatio Brendani* y lo inmortalizó como un

héroe. Esta era una pieza épica irlandesa que fue traducida al latín y cristianizada en el siglo x.¹

La ubicación de esta isla aparece posteriormente repetida en diferentes mapas. Encontramos la referencia sobre la aparición de la isla en los mapas de Fra Mauro, de 1460, y de Toscanelli, de 1484; perdura en el de San Martín de Behaim, de 1492, y continúa en los del siglo xvi (por ejemplo en el de Ortelius y en el de Gerard Mercator, Duisbourg, 1569). Más tarde se retiró al mar de la India, y en 1721 tenemos el caso rarísimo de que la buscó don Juan de Mur y Aguirre, capitán general de las Canarias. En el globo terrestre de Behaim acompaña a la isla de San Brandan esta inscripción: “El año 565 después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, llegó San Brandan con su navío a esta isla, en donde vió cosas maravillosas, y pasados siete años volvió a su país”. Esta isla, según Claderas, debió llamarse Ima (Gandía, 1929: 7).

No podría asegurar que el obispo de las Siete Ciudades al que hace referencia Antonio de Herrera tuviera que ver con el de San Brandán; pero es importante resaltar aquí la constante aparición del número siete y la posible influencia que los relatos de sus viajes tuvieron para la gente de la época.

La historia de los siete obispos se repitió al pasar de los años y permaneció en la memoria de los navegantes, gracias a la constante ubicación de la isla por los diferentes cartógrafos que acompañaron a algunos de los navegantes que viajaron en su búsqueda.

La isla aparece por primera vez en el año de 1367 en el mapa de Pizigani; luego, en 1424, en el de Portulan, y en 1435, en el del genovés Becario. Reaparece en el de Andrea Bianco, de 1436; en el de Fra Mauro, de 1460, y en el del mallorquín Gracioso Benecasa o Benacaza, realizado en Ancona en 1463; en este último su localización va acompañada de siete nombres: Anna, Antioul, Ansell, Anseto, Ansolli, Ansoldi, Core, que bien podrían ser los de los siete obispos. Para 1484 aparece en el de Toscanelli y en 1492 en el mapa de Behaim en el cual, precisamente en el mismo lugar donde se sitúa a la isla Antilia, se consigna el nombre de *Septe Ritade*, que significa “siete ciudades”. La localización se acompaña de la siguiente inscripción:

El año 734 después del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, en que toda la España se sujetó a los paganos que vinieron de África, dicha isla Antilia llamada *Septe Ritade*, fué habitada por un Arzobispo de Porto en Portugal, y otros seis Obispos, con un número de Christianos, hombres y mujeres, que habían pasado huyendo de España con sus ganados y bienes (Gandía, 1929: 8).

¹ Véase George A. Little, *Brandan the navigator*, 1945, y Geoffrey Ashe, *Land to the West. St. Brendan's Voyage to America*, 1962.

Descripción similar a la de Antonio de Herrera, revisada anteriormente. Behaim afirma en su mapamundi que en 1414 el que más se acercó a la isla de las Siete Ciudades fue un navío español, y en 1447 lo hizo un navío portugués. Así, la isla de las Siete Ciudades perdura siempre en diferentes posiciones.

Después del descubrimiento de América se mantiene el mito y la isla resurge en el mapa de Ruysch de 1508 y en el globo de Schöner, de 1523 (Gandía, 1929: 9). Los estudiosos españoles también la introducen: el cosmógrafo, historiador y matemático notable Pedro de Medina, autor del *Arte de navegar*, libro que se tradujo al francés, inglés, italiano y alemán, sitúa en su libro *Grandeza de España*, Sevilla, 1549 a las Siete Ciudades. Este personaje tenía gran credibilidad entre los expertos en navegación de la época, ya que era precisamente quien se encargaba de examinar en Sevilla a los pilotos y maestros de naves, además de ser autor de importantes libros para la navegación.

Enrique Gandía nos recuerda que “Estrabón situó en las proximidades de los Calibes asiáticos los Heptacómetas, o habitantes de Siete Ciudades y resalta también que próximas a la Antilia descúbrense dos grandes islas llamadas Rosellia y Salvaga” (Gandía, 1929: 60).

Varios fueron los barcos de exploración que zarparon en busca de la florida Antilia o isla de las Siete Ciudades, como lo demuestra el hecho de que en 1457 Alfonso V otorgó cartas patentes a su sobrino Fernán, duque de Beja, para el descubrimiento de la islas del océano (Torres, 1851). En 1462, cartas similares se le concedieron a João Bogado y, en el mismo año, Gonçalo Fernández de Tavira aseguraba haber visto una isla al noroeste de las Canarias (Senna, 1945). Once años después, en 1473, el permiso fue cedido a Ruy Gonçalvez de Camera, otorgándole las islas que se proponía descubrir en el océano. Años más tarde, Diego de Teive se lanzó con su piloto Pedro de Velasco en busca de la Antilia. Viajaron 120 millas marinas hacia el oeste, hasta darse por vencidos. Finalmente se conformó con el encuentro de Flores, la más aislada de las Azores y legó sus permisos para explorar a otro portugués llamado Fernão Téllez: “El acta establece que Téllez llevaría acabo él mismo, sus descubrimientos y que obtendría la donación de las islas o tierras Incultas y no habitadas que descubriese” (Gandía, 1929: 12). No se sabe nada del tal Téllez hasta el 10 de noviembre de 1475, en que el rey le otorga una nueva concesión confirmando lo descrito anteriormente y agregando la donación de las islas o tierras cultivadas y pobladas que pudiese hallar, incluyendo las Siete Ciudades.

La segunda carta patente en la cual se prevee el descubrimiento de islas o tierras cultivadas y pobladas, que Téllez tuvo especial empeño en conse-

guir, como si quisiese asegurar la posesión de algún lugar habitado, es indicio seguro de que este personaje debió haber llegado a alguna de las Antillas en el espacio de tiempo que va desde el 28 de enero de 1474 o 1475 y el 10 de noviembre de 1475, ya que las demás islas del Atlántico se hallaban descubiertas y ocupadas. En resumen, en 1475 la corona portuguesa le adjudicó a Téllez el derecho de descubrir Antillia. No se sabe si éste salió en su búsqueda, sólo se conoce que dos años más tarde murió. Cosa similar ocurrió al hombre al cual Téllez legó sus derechos de conquista. Era un marino de extracción flamenca, conocido en Portugal como Fernam Dulmo, establecido en las Azores. El 3 de marzo de 1485, mismo día en que la corona portuguesa negó a Colón el permiso para viajar al oeste, confirió a Dulmo los derechos de la isla de las Siete Ciudades. Al parecer Dulmo tuvo problemas en armar los pertrechos para la expedición y tomó como socio a un hombre rico de Madeira llamado Estreito, quien debía recibir la mitad de las islas descubiertas. La expedición llevaba dos barcos, uno comandado por Dulmo, quien dirigió el curso por los siguientes cuarenta días, y la otra por su socio Estreito, quien tomaría el curso, si para entonces Antilia aún no se hubiera encontrado. La expedición debía zarpar en marzo de 1487, pero para el mes de junio aún no salía de Terceira. De hecho no se sabe si el viaje se realizó alguna vez porque nada más se volvió a saber de ellos. La isla Antilia o de las Siete Ciudades, a pesar de no haberse encontrado, nunca dejó de permanecer en la memoria de la gente, especialmente la de mar.

Como dato curioso anotamos que: "Según informes de Pedro de Ayala, ministro español en Londres, los habitantes de Bristol habían enviado hasta cuatro carabelas anuales, desde 1491 a 1498, en busca de las islas del Brasil y de las Siete Ciudades" (Gandía, 1929: 60-61).

ANTECEDENTES HISTÓRICOS MEDIEVALES QUE PUDIERON DAR ORIGEN AL MITO DE LAS SIETE CIUDADES

Los diferentes viajes en busca de la Antilia demuestran que desde el medioevo los navegantes soñaban con la misteriosa isla. Durante los años que abarcan desde el siglo V hasta el siglo VII, Europa se tambaleaba entre los germanos, el Imperio Romano y el surgimiento del islam. La Iglesia católica se conformaba con sobrevivir y, sin embargo, a pesar de la inestabilidad política, logró salvaguardar y fortalecer su organización, su jerarquía y su incalculable fortuna territorial gracias a que no contaba con enemigos. En aquella época se conocía únicamente el clero secular, pero a su lado se empezó a desarrollar un nuevo clero, el clero regular o el mona-

quismo que, poco a poco, indicaba el papel que muy pronto iba a desempeñar.²

En el transcurso de los siglos VII y VIII lentamente los monasterios se fueron difundiendo poco a poco por Italia, repartiéndose en el sur de la Galia, y luego, gracias al apostolado de los irlandeses, se propagaron en gran número por el norte del reino franco. Para entonces, la Iglesia era la única fuerza civilizadora de aquel tiempo.

En el año de 590 llega al trono de San Pedro Gregorio Magno, quien “[...] puede ser considerado como el primer intérprete del pensamiento religioso, después de los Padres de la Iglesia” (Pirenne, 1981: 46). Sin embargo no continúa su trayectoria, ya que para él, las cuestiones dogmáticas están definitivamente resueltas. Lo que le importa es derivar de ellas las consecuencias morales y organizar la vida cristiana con miras a su fin último, que se resume en el dilema del paraíso o el infierno. Su visión sólo reconoce el más allá, y las descripciones que traza contribuyen a dar a la religiosidad medieval un sesgo sombrío y angustiado (sus premisas más importantes fueron terror y una obsesión por las penas eternas que encontraron su expresión inmortal en la *Divina Comedia*). En resumen, considera a la Iglesia como el único instrumento de salvación eterna; por lo tanto, era preciso aumentar su acción cerca de las almas para así poder salvarlas del abismo.

La Iglesia perpetuó la tradición romana e impidió que Europa recayese en la barbarie. Ejercía en la sociedad secular una preponderancia irresistible y poseía el monopolio de la ciencia. Sus escuelas y libros, salvo raras excepciones, fueron los únicos libros. Se encontraba en una situación económica lo suficientemente buena como para permitirle vivir y desarrollarse por sus propios medios. Gozaba tanto de propiedad como de privilegios que le permitieron conllevar la crisis de las invasiones bárbaras sin debilitarse. Para el siglo VIII era una Institución fuerte y de gran porvenir y funcionaba como instancia protectora para los habitantes de la ciudad, procurando la subsistencia del clero.

Sin embargo, en la España medieval, tras la muerte del Rey Rodrigo y el inicio de la invasión árabe, se inició una persecución hacia la religión cristiana provocando la huida de los sacerdotes. Se produce una rápida extinción de la población urbana y se constituyen los estados, que no eran otra cosa

² El monaquismo o ascetismo es una concepción que dimana del cristianismo. Se desarrolló rápidamente, desde el siglo II, en las provincias orientales del Imperio Romano y durante largo tiempo sus adeptos fueron simples laicos que renunciaban a los negocios y a los bienes de este mundo, para consagrarse en la soledad a la salvación de su alma. Estos solitarios fueron los primeros monjes y fue San Pacomio quien les impuso una regla y los organizó. Los monjes de esta tendencia llevaban el nombre de cenobitas, vivían en recintos formados por celdas alrededor de una capilla central, se alejaban de la vida laica y hacían votos de obediencia, pobreza y castidad, imponiéndose la obligación del sacerdocio.

que centros administrativos en donde habitaban los comerciantes y la corte. Al desaparecer ésta, las ciudades se debilitan como instituciones y sus habitantes se ven obligados a deambular en busca de los pertrechos necesarios para subsistir dentro de la corte.

La preponderancia del islam limitó a los comerciantes cristianos para lanzarse a la aventura más allá de las aguas griegas y de la Italia meridional. El Mediterráneo estaba en poder de los musulmanes y el Mar del Norte sólo era recorrido por los navíos de los escandinavos. Desde entonces, el mar dejó de ser el gran estimulador del espíritu de empresa para los habitantes de los países de occidente. Lo miraban únicamente con el terror de ver aparecer en el horizonte unas velas enemigas o las garras infernales que los llevarían con seguridad a la muerte. A partir del siglo VIII la Europa occidental vivió durante trescientos años separada de todos los países de ultramar. El aislamiento permitió desarrollar la imaginación de los escritores, que produjeron continuadas historias de aventuras y descripciones de lugares maravillosos que existían en los confines del océano y en los que los europeos refugiaban sus terrores y angustias, y proyectaban sus esperanzas e ilusiones en un vida mejor, plena de abundancia y libertad.

Partiendo de lo que presupone Lévi Strauss al decir que los mitos siempre son el reflejo de alguna cosa de la cultura que los crea. Hemos establecido en forma resumida los antecedentes y las condiciones sociales de la Europa medieval que circundan el nacimiento del mito de las Siete Ciudades. A continuación exponemos cuáles fueron las razones definitivas que consideramos determinaron el surgimiento del mito que aquí nos ocupa:

a) La permanencia de la Iglesia en los nuevos estados conforma la única fuerza capaz de proteger a la sociedad civil ante la invasión islámica árabe. Aquélla se convierte con esto en la única posibilidad de obtener consuelo y salvación ante los invasores. Por lo anterior, los "siete obispos" representaron la institución secular que constituía la única esperanza de escapar de la persecución árabe.

b) La necesidad de la Iglesia de mantener sus privilegios y dominios inició una movilización de sus sacerdotes hacia territorios lejanos en un camino de evangelización. Esto colocó a los obispos en posibilidad de poder viajar en busca de otros lugares donde establecerse.

c) Fortalecimiento en sus seguidores de la creencia en un paraíso o infierno como fin último, con lo que el hecho de seguir a la religión y sus representantes, los obispos, se convierte en la única posibilidad de conseguir un boleto para un más allá lleno de riquezas y bienestar general. Todo esto podría concordar con lo que dice el helenista G.S. Kirk en su libro *El mito*.³ Este autor refiere que:

³ Kirk realiza un estudio, que él considera nuevo, sobre los mitos griegos y lo aprovecha

A lo largo de toda su historia la religión continúa estando indisolublemente conectada con elementos míticos y penetrada por ellos. El mito, hasta en sus formas más crudas y rudimentarias, contiene algunos motivos que de alguna manera anticipan los ideales religiosos, más elevados y posteriores a él (Kirk, 1985: 42-43).

Consideramos que esta propuesta conceptual justifica la idea de todos conocida y prevaleciente en los europeos sobre las riquezas que poseía la Iglesia y que dio pie para la formación un mito como la isla-paraíso. El mismo mito contiene los aspectos reales sobre la situación financiera en que se encontraba la Iglesia y la teoría de salvación a través de la palabra de Dios.

d) La visión que entonces se tenía del mar como lugar incierto y que infundía temor, podría significar la prueba necesaria para llegar al paraíso. Es decir, la fe y confianza que tenían los obispos en Dios como para iniciar una aventura transoceánica con el seguro otorgamiento del paraíso, tras vencer las trampas que el océano implicaba.

e) El conocimiento por parte de la gente, a través de una literatura popular y laica, sobre las aventuras de caballerías vinculadas con las batallas libradas contra los moros e infieles en general, las que, sucedidas en la Edad Media, pasaron de boca en boca y pronto se identificaron con hazañas populares. Hablar de ciudades o islas lejanas cubiertas de atractivos para quien las descubriera fue práctica común en todas las culturas de la alta y baja Edad Media. Las historias que describían tales sitios llegaron a formar parte de la literatura de la época.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS QUE DIERON PIE A LA APARICIÓN DEL MITO EN LAS EXPEDICIONES SEPTENTRIONALES NOVOHISPANAS EN EL SIGLO XVI

A principios del siglo XVI se inició la realización de los primeros viajes de exploración a lo que conformaba el septentrión de la Nueva España. Esto permitió la conformación del territorio incluyendo estados que en la actualidad ya no pertenecen a nuestro país. Las empresas que ahí se dieron surgieron como producto de actividades privadas y oficiales de miembros de la sociedad novohispana, fundamentalmente en la búsqueda de riquezas naturales. Posteriormente la corona española dirigió su atención al cumplimiento de los siguientes objetivos:

para hacer una crítica a la interpretación que da la antropología actual y algunos expertos en materia de mitos.

a) Buscar el mítico estrecho —más tarde denominado Anián— que uniera los dos océanos para facilitar el viaje con rumbo al Oriente, a la tierra de la especiería. A partir de ese descubrimiento, España estaría en posibilidad de controlar las rutas comerciales y militares, lo que le daría la hegemonía sobre los dominios marítimos y terrestres situados al oriente del Viejo Mundo y al occidente del nuevo. Con ello podría propiamente asegurar así el predominio político-económico sobre la gran mayoría del entonces mundo conocido.

b) Descubrir y ensanchar los territorios que poseía la corona española, tanto en dirección septentrional como austral.

c) Posibilitar el poblamiento de esas regiones y la conversión y evangelización de los naturales.

d) Reconocer, consignar y explotar sus riquezas naturales y también las humanas.

Las primeras descripciones de los conquistadores se poblaron de relatos fabulosos que mitificaron la naturaleza americana, pues sus autores estaban inflamados de una imaginación que buscaba en las nuevas tierras la confirmación de la existencia de portentos generados por la fantasía europea. Encontramos de particular interés una de las expediciones que aúna a los objetivos anteriores uno de interés especial, la persecución del oro mencionado en el mito de las siete ciudades. Esta expedición incluyó el recorrido por territorio que actualmente corresponde a los estados norteamericanos de Arizona, Nuevo México y Kansas, que se conocieron en un principio como las provincias de San Felipe, de la Nueva Andalucía y del Nuevo México, con ciudades que se inscriben en el mito, pero que se dan en la realidad geográfica de esos territorios como Cibola y Quivira. La expedición fue realizada por el franciscano fray Marcos de Niza en sus inicios, y continuada por el capitán Francisco Vázquez de Coronado; ambos tenían entre sus objetivos encontrar las Siete Ciudades.

ANTECEDENTES PRINCIPALES

Debido a que el norte de Nueva España no presentaba alicientes económicos y a que la hostilidad de los indios chichimecas que habitaban esa parte del territorio impedía el pago de tributos y encomiendas, los españoles dirigieron su atención exploratoria hacia el occidente y hacia el sur, recorriendo el litoral Atlántico. Sin embargo, una vez efectuada la conquista de Tenochtitlan, los objetivos del conquistador Hernán Cortés dirigieron su interés a contener el avance de los españoles que se habían establecido en Castilla del Oro

y que, desde Panamá, pretendían extender sus conquistas hacia el norte. Así, Cortés logró en 1522 ser el único en permitir el avance hacia el nororiente, hasta el río Pánuco, para fundar el primer establecimiento en esa zona limítrofe, denominándola villa de San Esteban del Puerto.

La obsesión por encontrar el famoso “estrecho” entre los dos mares propició que las exploraciones de súbditos españoles se dirigieran ahora hacia el noroeste, a los actuales Jalisco, Colima y Sinaloa. Con esa idea el adelantado Francisco de Garay dirigió en 1519 lo que sería la primera exploración, conquista e inicial poblamiento de territorios situados en la región continental nororiental de la Nueva España. Bajo su auspicio partieron cuatro expediciones, que recorrieron tierras comprendidas entre la Florida y las costas del Golfo de México; los últimos viajes estuvieron dirigidos por Hernán Cortés.

Al tiempo que Garay se empeñaba en sus conquistas, el Marqués del Valle de Oaxaca también enviaba a su gente a ocupar las provincias terrestres y marítimas que allanaban los caminos hacia el Mar del Sur. El primero de sus capitanes fue don Diego Hurtado de Mendoza, quien debía informar sobre las particularidades geográficas de las costas que fuera descubriendo. De Mendoza alcanzó las islas que llamó Magdalena y que ahora se conocen como las Islas Marías, y el navío que lo acompañaba llegó hasta Culiacán. Sin embargo, su embarcación se perdió y no se volvió a saber nada de ella.

Cortés envió una nueva armada, en busca de la nave perdida, al mando de Diego Becerra de Mendoza y Hernando de Grijalva. Esta expedición descubrió las islas Revillagigedo y realizó un informe hidrográfico de las costas recorridas y marcadas para su posterior utilización por los navegantes sucesivos. Finalmente el mismo Cortés obtuvo capitulaciones para descubrir y conquistar el Mar del Sur.

Otro de los objetivos de las expediciones era encontrar el camino más corto para llegar a la tierra de la especiería. Con ello se pretendían logros comerciales, cuidando siempre de no provocar enfrentamientos políticos con Portugal.

En junio de 1527 zarpó de España al mando de Pánfilo de Narváez una flota de cinco navíos con destino al extremo septentrional oriental de la Nueva España, hacia la desembocadura del río de las Palmas, en donde ahora se encuentra Soto la Marina. Su finalidad manifiesta era la de poblar aquella región. Después de padecer frecuentes tempestades y numerosos contratiempos en las islas de la Española y Santiago, la maltrecha flota puso proa hacia lo que creía su destino, pero fue arrojada por un terrible ciclón a las costas de la Florida.

Este era sólo el principio de lo que serían ocho largos años de aventuras para los sobrevivientes de los naufragios. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo Maldonado y el negro Estebanico de Azamor, esclavo de Dorantes. En forma individual primero y más tarde de nuevo reunidos e impulsados por la necesidad de sobrevivir, recorrieron a pie desde la Florida hasta la región de Culiacán, en donde fueron rescatados por gente de Beltrán de Guzmán.

En 1530 don Nuño Beltrán de Guzmán realizó la exploración y conquista de lo que luego llamó la Provincia de Nueva Galicia en su centro en San Miguel de Culiacán. Cuando Nuño Beltrán de Guzmán radicaba en la provincia del Pánuco, un indio cautivo que aseguraba venir de Tegos, probablemente Texas, le habló de un lugar llamado Cíbola, donde habitaba el búfalo americano. Este indio describió que en la tal:

Cíbola había siete grandes ciudades, cada una de ellas de más murallas, casas y población que la misma Tenochtitlán. Sus calles estaban pavimentadas con arabescos de plata y oro, que representaban fabulosos vegetales, o jetsas de fieras; los palacios de los magnates eran como urnas de cristal, colocadas en las cumbres de floridas colinas, y sus valles tenían a uno y otro lado inúmeros bazares, dedicados todos ellos a la orfebrería y joyería era que los de Cíbola vivían de los vapores de su mucho oro y plata, calentados en monstruosos crisoles (Majó, 1946: 1320-1321).

Viendo Beltrán de Guzmán un futuro lleno de riquezas que le facilitaría ejercer su venganza contra Hernán Cortés, su permanente enemigo, decidió armar una expedición con la sola idea de conquistar dichas ciudades. Para ello cautivó al indio de Tegos para que le sirviera de guía y puso de acuerdo a sus oficiales para la aventura. Salieron con cuatrocientos hombres y llegaron a la zona de Culiacán, pasando posteriormente hacia Sinaloa. Tras haber fundado la villa de San Miguel, que después se llamó de Culiacán, Beltrán de Guzmán regresó a México, dividiendo el resto de la expedición en tres escuadrones: uno quedó bajo el mando de Pedro Alméndez Chirinos, otro bajo el de José de Angulo y el último con Cristóbal de Oñate a la cabeza. Chirinos se dirigió a Petatlán, Angulo hacia California y Oñate habría de seguir tierras continente adentro con rumbo noreste.

El camino por recorrer era muy vasto y temibles los indios que encontraron a su paso; el capitán Chirinos arribó a Petatlán y peleó contra los indios. Entre los despojos de la guerra encontró a otros españoles, quienes anteriormente habían arribado al lugar bajo el mando del capitán Diego Hurtado de Mendoza, subordinado a su vez de Hernán Cortés. Chirinos reunió a la gente y continuó su ruta hacia el norte, hasta llegar al río Yaqui o

Yaquemí. Fue en aquellos parajes donde se encontraron con otros españoles que no eran sino el mismo Alvar Núñez Cabeza de Vaca y el resto de los sobrevivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el negro Estebanico. El capitán Chirinos no continuó el viaje de expedición y regresó, con toda la gente incluidos los cuatro sobrevivientes, a rendir cuentas a Nuño Beltrán de Guzmán. El mal afamado Beltrán de Guzmán nunca llegó a Cibola, pero el viaje que realizaron Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros fue el motor que reactivaría la circulación del mito de las Siete Ciudades. Fueron suficientes los informes por ellos rendidos en la capital novohispana acerca de sus aventuras y recorridos en los que describía los poblados visitados para que en el inconsciente de la gente resurgiera la creencia en el mito.

Núñez Cabeza de Vaca, el principal de los protagonistas del recorrido septentrional, hablaba de un imperio de oro, situado todavía más al norte; esas quimeras y verdades que a él, a su vez, le habían referido los indios apalaches o sioux, con quienes habían convivido durante seis años. Sus descripciones despertaron la ambición económica y política de sus contemporáneos y, finalmente, señalaron a la corte española la conveniencia de autorizar nuevas expediciones tierra adentro arguyendo la necesidad de recuperar dichas riquezas e iniciar la evangelización y salvación de los habitantes de aquellas tierras.

El mito cobró tanta fuerza que llegó hasta oídos de la corona española, la cual, hasta entonces, carente de recursos económicos y temerosa de arriesgar los pocos de que disponía en empresas nada seguras, hizo concesiones de su patrimonio real a los particulares. Cada una de las capitulaciones otorgadas para llevar a cabo las expediciones a los nuevos territorios, los mares e islas, fue sufragada por los posibles favorecidos. Pero, a medida que se desarrollaba en la metrópoli el centralismo y el regalismo con la reorganización jurídica y administrativa, que se plasmó en la creación de los diferentes consejos, se suprimieron los privilegios personales. Fue así que al triunfar el centralismo español se inició, en sus ámbitos espaciales y temporales específicos, la lucha entre las dos fuerzas: por un lado las disposiciones reales a través de los funcionarios de la corona en Nueva España; y por el otro las intenciones y proyectos de exploradores y conquistadores particulares. En el momento histórico-social que aquí interesa, se centró en el desarrollo futuro de las expediciones hacia el septentrion (Rodríguez Sala *et al.*, 1993: 90).

Para el 9 de diciembre de 1526 apareció un decreto en donde se asentaba que la corona tenía plenos derechos sobre el suelo y el subsuelo de las Indias y que podría dar su usufructo a los individuos a fin de acrecentar la actividad económica de los españoles, en especial en cuanto al descubrimiento y explotación de minas. Como era costumbre, la Corona recibiría una par-

ticipación de todos los metales extraídos. España necesitaba oro y plata para financiar los gastos del vasto imperio y todos los intereses económicos se derivaron primordialmente de este simple principio.

Como es sabido, no era únicamente el interés por recuperar las riquezas naturales de aquellas tierras lo que motivaba a la corona el inicio de los viajes de conquista, sino también sirvió como motor de las exploraciones la necesidad de evangelización que tenían los habitantes de aquellas tierras.

Finalmente el rey ordenó al virrey Antonio de Mendoza representante real del creciente regalismo y centralismo español, el envío de nuevas expediciones, las que, entre sus objetivos, llevaban el de buscar dichas ciudades, marcando con esto el inicio de las "expediciones institucionalizadas" hacia los territorios del norte de la Nueva España.

Como resultado se formó la primera expedición organizada por el primer virrey, don Antonio de Mendoza, quien nombró al franciscano fray Marcos de Niza como el encargado de adelantarse a aquella región y, aprovechando las amistades establecidas por Cabeza de Vaca entre los indígenas, iniciara su conversión y preparara el camino para la conquista y poblamiento de la región.

EXPEDICIÓN DE FRAY MARCOS DE NIZA

Fray Marcos arribó a la capital de la Nueva España a principios del mes de abril de 1537. Recorrió de Tehuantepec a Sinaloa, visitando los conventos recientemente establecidos y, abriendo puertas a nuevas escuelas para indios, pasó posteriormente a la ciudad de México.

Fue protegido del primer arzobispo de México, fray Juan de Zumárraga, quien lo presentó ante el virrey Antonio de Mendoza y, al enterarse de que Niza era "docto en teología, en cosmografía y que tenía conocimientos del arte del mar" (Pacheco *et al.*, 1864-1984, III: 329), lo designó para encabezar la expedición que se realizaría con destino al septentrión, en busca de los fabulosos reinos de Cíbola y Quivira.

Fray Marcos salió en marzo de 1539 en el viaje de exploración de vanguardia acompañado del negro Estebanico (el mismo que acababa de regresar de la travesía con Cabeza de Vaca). La intención fundamental era la del inicio de la evangelización entre los pobladores de esa incógnita parte del Nuevo Mundo. Partieron junto con el padre franciscano Honorato y un grupo de indios desde San Miguel de Culiacán hacia el septentrión desconocido, llevando consigo la instrucción que le dio el virrey don Antonio de Mendoza.

Al llegar a Petatlán el hermano Honorato cayó enfermo y tuvo que regresar. El resto de los viajeros continuaron el camino hasta arribar al río Yaqui, luego al río Sangra y, tal vez antes de llegar al de Asunción, en las proximidad de sus fuentes, Niza emprendió el camino al nordeste. Tras haber recorrido 25 o 30 leguas o 150 kilómetros, encontró algunos indios que le hablaron de la existencia de perlas y dijeron venir de la "isla de California", lugar que había visitado anteriormente Cortés. El grupo de Niza continuó su camino y, tras haber andado durante cuatro días por lugares deshabitados, encontraron a gente que nunca había oído hablar de los cristianos y que lo llamaron "sayota" u "hombre del cielo", como si de alguna manera supieran la relación que tenía el fraile con las cuestiones religiosas. Estos indios mencionaron un valle que estaba a cuatro o cinco días hacia adentro de la isla de California con grandes establecimientos. Describieron a la gente vestida con ropa de algodón y con algunos ornamentos de oro. Marcos de Niza siguió su recorrido hasta llegar a Vacapá, un lugar de buen tamaño, a las márgenes del río Gila, como a 40 leguas del mar. Permanecieron en este lugar durante nueve días y de ahí partieron algunos grupos de mensajeros en busca de información. El negro Estebanico iba al mando de uno de éstos y llevaba orden de enviar una cruz del tamaño de la palma de la mano si encontraba noticias importantes y agrandar la cruz de acuerdo a nuevos descubrimientos. Tras cuatro días volvieron al campamento algunos indios del grupo que iba al mando de Estebanico con la noticia de: "que en aquella tierra había Siete grandes ciudades, que obedecían á un Señor, con casas de piedra, de uno, i dos sobrados, todas juntas, por orden, con las portadas mui labradas con Turquesas: la gente decía que andaba vestida" (Herrera, s.f.: 93).

Poco a poco fueron llegando los otros grupos de mensajeros confirmando la noticia. El padre Niza los recibió y escuchó las noticias que traían, informándole que Cíbola era la primera de las Siete Ciudades y que más adelante había tres reinos que llevaban el nombre de Marata, Cícús, y Tontecac, en los que habitaba gente que traía turquesas colgadas de las orejas y narices.

Posteriormente encontró a los indios nativos del este, llamados *pintados*, quienes le confirmaron la noticia de la existencia de Cíbola. El 6 de abril, con dos isleños y tres *pintados*, dejó Vacapá y llegó con la gente que le había dado la información a Estebanico. Niza continuó su viaje a través del desierto que cruzó en cuatro días y llegó a una región fértil y bien irrigada conocida como el Valle de Gila en la región de los *Pimas*. En una de las rancherías conoció a un nativo de Cíbola que le proporcionó amplia información y confirmó la existencia de los siete pueblos:

era hombre de buena razón i quiso irse con el S. Fr. Marcos, para que le alcanzase perdón, i dio relación de la forma de la Ciudad, i que de la misma eran las otras i que la mas principal era Ahacus; i que la parte del oeste estaba el Reino de Marata, a donde solía haver grandes poblaciones, con casas de piedra, i cal, como en Cibola, el qual estaba, mui disminuido, por la Guerra que tenía con el Señor de las Siete Coiudades, i que el Reino de Tontecac, era mui rico i poblado, i vestían el Paño, i la gente de mucha policia, i que havia otro Reino muy grande, dicho Acus, que Ahacus era uno de las Siete Ciudades (Herrera, s.f.: 94).

Viajaron por ese valle durante tres días más y el 9 de mayo entraron al territorio despoblado, que ahora es una región moderna de Phoenix hasta Zuñi. Los doce días siguientes Niza siguió la ruta de Estebanico hasta que encontró a uno de los indios que le acompañaban, quien le dio la noticia de que al llegar el negro a Cíbola, en lugar de encontrar como siempre una calurosa bienvenida, había recibido la orden de no entrar al pueblo o encontraría la pena de muerte. Debía permanecer en una casa afuera del pueblo sin comida. El indio dijo que al día siguiente los indios mataron al negro. El padre Niza quedó aterrorado con la noticia, además de que el resto de los indios lo culpaban a él por la muerte de sus compañeros que iban con el negro Estebanico.

A pesar de la desgracia, el padre Niza continuó el viaje hasta llegar a la tan buscada Cíbola. Junto con dos de sus acompañantes, Niza subió a una colina desde la cual se divisaba el pueblo de Cíbola. En una planicie rodeada por montañas y, según él, con mayor población que la ciudad de México. Clavaron una cruz en aquel lugar indicando la toma de posesión de toda aquella región en el nombre del virrey Antonio de Mendoza para el rey. Este territorio conformaría el "reino de San Francisco". Niza decidió emprender su viaje de regreso "con más temor que comida", avanzando más o menos 10 leguas por día. Finalmente en el mes de junio o julio de 1539, ya en Compostela, se reportó con el gobernador y en agosto fue a México para ver a Francisco Vázquez de Coronado.

Fray Marcos de Niza llevaba consigo la noticia que según él confirmaba la existencia de las Siete Ciudades. Una vez que el virrey don Antonio de Mendoza se enteró de la situación puso inmediatamente manos a la obra para continuar las expediciones que debían llegar a Cíbola, con la firme intención de conquistar, evangelizar el lugar y establecer poblaciones.

El padre Niza aseguraba haber llegado a las Siete Ciudades de Cíbola, aunque en realidad nunca tocó ninguna de sus poblaciones. Es difícil asegurar los motivos que tuvo el fraile para asegurar tal empresa; lo único que se puede especular es que una de las metas fijadas por los franciscanos era el de poder evangelizar a todos los gentiles antes de la llegada del nuevo milenio.

EXPEDICIÓN DE FRANCISCO VÁZQUEZ DE CORONADO

Al regreso de fray Marcos a la capital novohispana, otros tres personajes, además del virrey don Antonio de Menodoza, pretendían los derechos de conquista y colonización de tierras legendarias en la región norteña de la Nueva España. Estos personajes eran: el marqués del Valle de Oaxaca y los “adelantados” Pedro de Alvarado y Hernando de Soto. A pesar de los esfuerzos del representante de la corona por limitar sus viajes, no logró suprimir a sus oponentes. Tanto Cortés como de Soto lograron, cada uno por su lado, auspiciar, organizar y realizar sus expediciones. Uno en el extremo occidental por el Mar del Sur, los otros dos en el oriente a partir de las costas de La Florida en el Mar del Norte.

Para 1540 el virrey había finalmente decidido iniciar la empresa que iría en pos de las Siete Ciudades. Organizó una expedición que recorrería el camino por tierra y que iría al mando de su sobrino lejano, llamado Francisco Vázquez de Coronado. Otra expedición marítima comandada por Hernando de Alarcón hacia el mismo lugar partiría con el objetivo de proveer de bastimentos a los viajeros terrestres y para demarcar las rutas costeras que posteriormente facilitarían los futuros arribos a ese lugar.

Francisco Vázquez de Coronado contaba con un origen noble menor. Nació en Salamanca, España en 1510 y sus padres fueron Juan Vázquez de Coronado y doña Isabel de Luxán. El padre era corregidor en la ciudad de Burgos y logró formar un regular mayorazgo que, como era lo usual, constituyó la herencia del hijo mayor, Gonzalo Vázquez de Coronado. Francisco pasó a la Nueva España junto con su hermano Juan en 1535. Tan pronto como llegó fue acogido por la corte virreinal y pronto destacó en ese ambiente cortesano por sus dotes personales. Según diversas descripciones de él debió haber sido bien parecido, popular y, además, soltero.

Por ser de la entera confianza de virrey, éste lo comisionó para sofocar una rebelión de negros en las minas de Amatepeque de donde retornó victorioso. El virrey, contento con lo sucedido, y tras la renuncia de Francisco de Santa Cruz, decidió nombrarlo el 14 de junio de 1538 regidor del cabildo de la ciudad de México.

Posteriormente, se le mandó llamar a Compostela para ocupar el cargo de gobernador que hasta su destitución había ocupado el conquistador Nuño Beltrán de Guzmán. Entre la gobernación y detención de Guzmán se nombró como interino al licenciado Diego Pérez de la Torre, sin embargo éste en una batalla contra los indígenas cayó de su caballo y días más tarde perdió la vida a consecuencia del golpe. De la Torre había nombrado previamente a Cristobal de Oñate como su sucesor, pero el virrey, confiando en su

protegido, le confirmó el cargo a Vázquez de Coronado, quitándole así la oportunidad a Cristobal de Oñate.

Sin duda alguna que don Antonio de Mendoza le otorgó tal cargo, teniendo en mente que la provincia de Nueva Galicia era la puerta de entrada para toda posible expansión de la frontera noroccidental y precisamente para esas fechas ya estaba en marcha la inicial empresa exploratoria de los territorios norteños encomendada al franciscano fray Marcos de Niza.

Con la posibilidad de encontrar un estrecho que facilitara la comunicación hacia el oriente y con ello poder asegurar la primacía española sobre el Mar del Sur, añadir una extensión territorial a los dominios de la Corona española y encontrar tierras con grandes tesoros para ser explotados, se conformaron los objetivos que motivaron al virrey a encomendar bajo el mando de su sobrino Francisco Vázquez de Coronado la famosa expedición en busca de las Siete Ciudades. Coronado fue nombrado el 6 de enero de 1540 comandante de la armada y capitán general de las provincias de Acus, Cíbola, las Siete Ciudades, los reinos de Marata y Totontec y cualquier otra tierra que se descubriera.

Era tal el interés de don Antonio de Mendoza que él mismo ofreció sufragar los gastos del personal y equipo necesario para partir, con lo que dio inicio a lo que anteriormente definimos como la primera expedición institucional.

En la primavera de 1540 Coronado inició en la ciudad de México los preparativos para el viaje. Juntó una tropa compuesta, según Bolton, de 336 personas repartidas en ocho compañías además de ochocientos indios de carga, cuatrocientos caballos y algunas mujeres.

Llevaban también animales para su sustento y como pies de cría, entre los que se encontraban carneros y ganado mayor. Con ellos pretendía iniciar la empresa poblacional. Para cubrir el aspecto militar asistían a don Francisco los capitanes Lope de Samaniego como maestro, Pedro de Tovar como alférez real y mayor de campo. Las seis compañías montadas tenían como capitanes a: García López de Cárdenas, Diego Gutiérrez, Diego López, Rodrigo Maldonado, Tristán de Luna y Arellano y Diego de Guevara. Como capitán de artillería iba Hernando de Alvarado, y de infantería, Pablo de Melgosa. Asistían también los capitanes Francisco de Ovando y Pedro Arellano. A partir de San Miguel de Culiacán se les unió el capitán Melchor Díaz. En el plano espiritual el cometido de la expedición era el de la conversión de los gentiles, tanto los que encontrarán a su paso como los de las regiones de Cíbola y Quivira, por lo que acompañaban a los militares y civiles los siguientes religiosos: fray Luis de Escalona o de Ubeda, fray Juan de la Cruz, fray Juan de Padilla y fray Daniel (se desconoce su nombre completo).

Los tres primeros cumplieron en extremo su misión, ya que permanecieron entre los pobladores de la ciudad más alejada y, en persecución del cumplimiento de su apostolado, dejaron la vida. En la vertiente informativa, uno de los requerimientos de toda expedición, tres fueron los cronistas encargados de dar noticia de todos los detalles del viaje. El más importante fue Pedro Castañeda de Nájera.⁴ El segundo, Juan García Jaramillo, asentó con gran exactitud las descripciones geográficas. El último de los cronistas, Pedro Méndez de Sotomayor, debía aportar la descripción militar; sin embargo, nunca fue hallado su trabajo.⁵

La empresa de Vázquez de Coronado partió el 23 de febrero hacia Compostela, llevaba como guía a fray Marcos de Niza. Lo difícil de esta parte del camino se ejemplifica con el hecho de que al arribar al río Santiago tuvieron que cargar en brazos a los animales para evitar que fueran comidos por los cocodrilos. En las cercanías de San Miguel de Culiacán se detuvieron en una villa situada cerca del mar, llamada Chametla, en donde aguardaron a sus compañeros Melchor Díaz y Juan de Zaldívar, quienes habían sido enviados por delante para explorar caminos y tomar noticia de la tierra. Su recorrido fue de aproximadamente dos mil trescientos kilómetros en un viaje de cuatro meses.

Al reencontrarse con Vázquez de Coronado los capitanes le dieron noticia de no haber encontrado oro, ni plata ni nada de lo que hablaba el padre Niza. Sin embargo, Coronado, decidido a continuar el viaje, reunió a todos los miembros de la expedición sin aclararles la situación y al día siguiente se dirigieron hacia el norte. En Culiacán se proveyeron de todo tipo de bastimentos y continuaron su camino, pasando por Petatlán y Sinaloa, recorrieron el fértil y hermoso Valle de Sonora, atravesaron los ríos Yaquemi o Yaquí y el Sangra. Tras caminar largas jornadas arribaron a un pueblo llamado Chichilticalli, situado al sur del río Gila. Al pie de las montañas Pinalaño, Coronado envió a la vanguardia al capitán Cárdenas, con la orden de marcar y abrir los caminos y establecer los puntos de los campamentos para el cobijo del grueso de la expedición. De esta forma se internaron tierra adentro y con ello dejaron a un lado las costas del Golfo de Cortés, por cuyas aguas debería subir la expedición marítima. Ésta iba al mando de don Hernando de Alarcón y había salido de Acapulco poco después que Vázquez de Coronado. Su objetivo era el de proveer de bastimentos a la expedición terrestre.

⁴El autor de la descripción mas detallada y prolija, la que se conservó sólo en su traducción al francés, ya que la versión en español se encuentra extraviada.

⁵Además de estos tres autores oficiales, existe una cuarta *Relación*, incluida en *Pacheco, Cárdenas y De Mendoza* (eds.), *Colección de documentos inéditos...* (CODOIN), y considerada de autor desconocido por el historiador alemán Ernesto Schaefer, autor del índice de los 42 volúmenes de que consta la *Colección*.

Después de 73 días de marcha a lo largo del desierto, cruzaron los ríos Gila, Balsas y Frío, hasta que llegaron a las márgenes herbosas del Colorado menor, el cual vertía su cauce en el Colorado Mayor o río Zuñi. Los españoles lo denominaron Bermejo por el entintado color de sus aguas. En sus márgenes pudieron observar plantaciones de frijol, calabazas, algodón y tabaco cercadas por tapias de adobe. Prosiguieron por las sendas de los nativos y al descender por una ladera encontraron por fin las ciudades mentadas por Niza que don Francisco ubicó a novecientas cincuenta leguas de la ciudad de México y a cuarenta grados al norte:

Era un extenso y derrumbado pueblo de muchas casas, sin techumbre las más de ellas, de paredones requemados, de cuadrados espacios murados, convertidos en albergues de los perros salvajes, el coyote y el techichi. Vastos hormigueros gigantes se asomaban a la luz por las arenas de aquel suelo, hecho criba (Majó, 1946: 1348).

Las Siete Ciudades resultaron ser sólo siete pequeños poblados de alrededor de quince o veinte millas de diámetro, siendo la más grande el poblado de Mazaqué. Aquí encontraron que los indios usaban vestidos, cultivaban maíz, tenían sal y los hombres eran monógamos. Grande fue su asombro cuando se percataron que no existía riqueza material alguna, ni oro, ni turquesas; como era de esperarse, el descontento entre la gente de la expedición crecía día con día.

Era el 7 de julio de 1540 y el poblado que habían encontrado era el de Hawikuh, uno de los siete pueblos que conformaban la provincia. Después de librar cruel batalla contra los indios por la conquista del lugar, Vázquez de Coronado le dio el nombre de Granada, en honor del virrey de Mendoza, nacido en esa población andaluza. El capitán general, ante el creciente descontento de sus soldados, temió por la seguridad del padre Niza y lo convenció de regresar a México antes de que pudiera sufrir algún ataque por parte de los mismos españoles, y desde aquí envió cartas al virrey, contándole lo sucedido y acusando al padre Niza de haber inventado todo. En esta carta hace descripción del viaje y es de especial significación debido a que deja ver, sin duda alguna, su pleno convencimiento de la pobreza de la zona y de las inexactitudes narradas consiguientemente por el fraile y con ello de la inexistencia o destrucción del mito.

En cuanto a la realidad del espacio geográfico descubierto se verificó que, además de Hawikuh, existían alrededor otros seis poblados. Todos respondían al nombre de Cíbola, nombre indígena por los cíbolos o búfalos que habitaban la región.

Grandes fueron las discusiones entre Vázquez de Coronado y sus capitanes sobre el futuro del viaje: unos querían regresar y otros querían continuar la empresa exploratoria. Finalmente se optó por lo segundo y partieron de la provincia de Cíbola, dividiéndose en nuevas subexpediciones. El objetivo del futuro viaje era proseguir hacia el noreste a lo largo de las márgenes del río Balsas. Sin saberlo, Vázquez de Coronado y su gente iniciaban apenas su gran empresa descubridora que aportaría una nueva imagen geográfica de esa parte del continente americano.

Los españoles se impresionaron con la existencia de la gran cantidad de búfalos en esa región, por lo que Coronado mandó al capitán Alvarado a explorar hacia el este en su búsqueda, mientras que al capitán Pedro Tovar lo envió a localizar el poblado llamado Tusayán. En la villa de Corazones dejaron como alcalde al capitán Diego de Alcaraz y con un grupo de cuarenta soldados españoles y el propio Vázquez de Coronado se avanzó en pos del codiciado reino que era la meta de la expedición. Para entonces ya estaban muy lejos de la costa, contaban con muy poca comida y a cada paso eran atacados por los indígenas. Ante la necesidad de alimentos comían las diferentes hierbas que se encontraban, y en consecuencia un tal Espinosa murió envenenado por alguna de ellas.

Tras haber subyugado a los naturales de aquellas provincias y de haber dejado a los grupos de pobladores del valle del río Grande en completa paz, Vázquez de Coronado salió rumbo a la mítica Quivira el 23 de abril de 1541. La encontró a las 950 leguas de distancia de donde se encontraban y continuó hasta Tiguex, situada en el alto río Bravo a 400 leguas del Mar del Norte o Golfo de México y a más de 200 del Mar del Sur, ahora territorio del estado norteamericano de Kansas.

Poco tiempo después retomaron y recorrieron el distrito de Queres, en donde se encuentran Santo Domingo, San Felipe, Santa Ana, Zia y Cochiti, Taos, el cañón de Guadalupe y la provincia de Témez. Él mismo avanzó hasta los cuarenta grados de latitud norte. Tras haber llegado al extremo oriental de la provincia de Quivira, Vázquez de Coronado, decepcionado y enfermo, regresó a su gobernación, donde no quiso aceptar la jefatura del gobierno de Nueva Galicia. En su ausencia, los indígenas de Nueva Galicia habían aprovechado la oportunidad para sublevarse, en contra del dominio de los españoles.

Coronado partió luego a la ciudad de México. Sin embargo, no fue bien recibido por el virrey, ya que se había regresado sin su autorización. Este personaje permaneció en la capital novohispana y conservó hasta su muerte sus privilegios y buena posición social.

Vázquez de Coronado y su grupo de capitanes recorrieron durante poco más de dos años novecientas leguas de camino; en continuos desplazamientos por desconocidas regiones ubicaron, por primera vez, sitios tan afamados actualmente, como el Gran Cañón del Colorado, las salinas en los lagos Zuñi y, por supuesto, todos los asentamientos de los indios Pueblo (regiones en actual territorio norteamericano). Asimismo, se navegó parte del curso central del Colorado y se recorrieron, también, por primera vez, terrenos del actual valle de Mexicali, con ello se proporcionó el inicial conocimiento sobre la desembocadura y delta de ese río.

La empresa exploradora y conquistadora de Vázquez de Coronado fue una de las hazañas terrestres más importantes del siglo XVI. Los asentamientos que reconoció conformaron muchos años después poblaciones que abastecían a otros exploradores en sus diferentes viajes por la región. Los resultados de esta expedición no tuvieron ningún éxito material, no se encontraron riquezas mineras ni ciudades de oro; pero sí aportaron las bases que permitieron continuar la carrera de las siguientes expediciones para el poblamiento de la región y la pacificación de la zona.

JUSTIFICACIÓN TEÓRICA DEL MITO

Para poder definir el caso específico del mito de las Siete Ciudades nos basaremos en parte de las propuestas o conceptos de G. S. Kirk. Según este autor “los mitos no tienen una única forma, no actúan según una serie de reglas, ni de una época a otra ni entre culturas diferentes” (Kirk, 1985: 16). Afirma que Lévi-Strauss se equivoca claramente al pretender que todos los mitos en todas las culturas tienen una función similar, cuando dice que hacen las veces de “«mediador» en las contradicciones, alineándose innecesariamente así con una serie de movimientos interpretativos como el de «mito y ritual», que han reducido sus posibilidades de implantarse firmemente, precisamente por la excesiva generalidad de sus supuestos” (Kirk, 1985: 17). Es decir, que no todos los mitos tienen relación directa con un ritual y que tampoco funcionan como mediador entre contradicciones que presenta la naturaleza.

Partiendo entonces de que no existe una sola definición de mito, a la cual deba amoldarse cualquiera de los casos que se puedan presentar y de que los mitos difieren enormemente en su morfología y en su función social, podemos retomar el concepto que elabora el mismo Kirk al afirmar que “la condición de los mitos consiste en ser expresiones del inconsciente, que tienen una relación con los sueños como símbolos universales o como accidentes de unos objetivos fundamentalmente narrativos” (Kirk, 1985: 9). A este concepto

podemos agregar que Lévi-Strauss dice que los mitos siempre son el reflejo de alguna cosa de la cultura que los crea.

El mito de las Siete Ciudades refleja, por lo tanto, la carencia y búsqueda de poder, estatus y comodidades que anhelan siempre los miembros de todas las culturas. Este interés común descansa en el mito y descarga en él sus esperanzas de lograr aquellas riquezas. La conservación del mito a través de los años en diferentes culturas responde al símbolo universal de un bienestar común para el futuro. Esto es nuevamente confirmado cuando Kirk señala que: “[...] los mitos tienen un papel especulativo en cierto sentido, en relación con los problemas de la sociedad o con las incompatibilidades entre cultura y naturaleza” (Kirk, 1985: 10). El mito aquí estudiado, específicamente responde a los problemas de pobreza y búsqueda de un paraíso como única alternativa, es decir, en él se plasma la esperanza de la gente hacia un futuro mejor y no significa, como creó Lévi Strauss, únicamente repeticiones del pasado. Posee un significado en su propia estructura, que inconscientemente puede representar elementos estructurales de la propia sociedad en la que se originó o actitudes típicas del comportamiento de los propios creadores de los mitos. Refleja también ciertas preocupaciones humanas específicas, que incluyen las contradicciones entre los deseos y las inmovibles realidades de la naturaleza y la sociedad.

Kirk deja claramente establecido que no existe un único tipo de mito y que la formulación de las teorías unitarias sobre su función resultan, en gran medida, una pérdida de tiempo. Por lo tanto, siguiendo a este autor, el mito de las Siete Ciudades se adapta a lo que él denomina como *mitos especulativos*, que son aquellos “que reflejan una preocupación o una convicción sin que tengan que tratar de dar una explicación de ellas” (Kirk, 1985: 11). Es decir, el mito de las Siete Ciudades responde a esta denominación en el momento de su concepción, ya que para entonces la incertidumbre y el temor de conocer el futuro de los europeos ante la invasión mora y la posibilidad de cambiar su futuro recrea el momento idóneo para su gestación. Años más tarde confirma esta definición al presentarse en otra situación de incertidumbre, que se representa con el desconocimiento del territorio norteño durante los viajes efectuados por los españoles en el siglo XVI, los cuales se verán más adelante. El mito que nos preocupa constituye entonces un *mito especulativo* en sentido limitado, ya que también entrarían en la división de *narrativo*, porque fue precisamente la acción de entretenimiento que representaba al repetirse de boca en boca una de las causas que permitió su mantenimiento hasta el siglo XVI.

“CHICOMOZTOC”, VERSIÓN INDÍGENA DEL SIMBOLISMO SEPTENARIO

El encontrar la fusión del mito de las Siete Ciudades en el territorio americano, durante el siglo XVI, nos obliga a descubrir el otro lado de la moneda, es decir, la visión indígena de lo que este mito podía representar para su propia cultura y de lo que significó su fusión con la versión española.

Es de suma importancia para el desarrollo de nuestro trabajo destacar que los primitivos nahoas tenían una organización septenaria: todos sus establecimientos constituían siete grupos ubicados uno cerca de otro y cada uno se encontraba bajo el mando de un sacerdote. Los asentamientos conformados de esta manera llevaban el nombre de “chicomoztoc” y fueron conservados por la cultura azteca y sus descendientes.

Un “chicomoztoc” no era un solo lugar como lo consideraban los antiguos cronistas, sino una manera de designar los diferentes establecimientos nahoas. Ejemplo de esto puede ser que a fines del siglo pasado los huicholes, parientes próximos de los aztecas, celebraban sus ritos antiguos en siete grutas, es decir en su propio chicomoztoc.

El término chicomoztoc está formado por dos vocablos: *chicome*: siete y *oztotl*: cueva, de donde su significado sea: lugar de siete cuevas. Esto no debe interpretarse que los indígenas vivían en siete cuevas, sino que la palabra “cueva” se entiende en un sentido de poblado, de aglomeración humana, con reglas sociales y económicas de vida. Esto permitió que la terminación *oztoc* quedara como nombre genérico de ciudad. Según el análisis simbólico contemporáneo del concepto “ciudad”, éste constituye uno de los símbolos de la madre, con su doble aspecto de protección y de límite. De la misma manera que la ciudad posee a sus habitantes, la mujer contiene en sí a sus hijos (Chevlier, 1988: 310).

En cuanto a su distribución demográfica, los nahoas conformaban un conglomerado urbano agrupando siete tribus en un solo lugar o un conglomerado rural agrupando también siete tribus muy separadas. A esto le llamaban un “chicomoztoc”. Así, los nahoas se relacionaba entre un “chicomoztoc” y otro, y cada grupo constituía esta forma política de poblar la tierra.

Los aztecas reconocen sus orígenes en las tierras agrestes del norte, que en sus historias y mitos toma el nombre de Chicomoztoc, el lugar de las siete cuevas mitológicas de origen, la matriz que engendró a las generaciones de pueblos chichimecas.

Los relatos sobre el origen y las migraciones de un grupo siguen un arquetipo que remite a las míticas siete cuevas o recintos originales, de donde se dice que brotaron las diversas tribus que se echaron a andar en pos de la tierra prometida. La peregrinación culmina con el arribo feliz a ésta, después de su-

frir varias pruebas, superadas todas por la guía del dios tutelar. El logro del paraíso teotihuacano radica, precisamente, en haber dado respuesta a ese antiquísimo sueño campesino mediante imágenes plásticas y simbólicas que ubicaban el edén mítico en el territorio de Teotihuacan. En sus relatos, Aztlán cobra la forma de un origen mítico idealizado: en lugar del paisaje desértico y hostil de Chicomoztoc, Aztlán se identifica con el lugar de la blancura, y se convierte en una isla rodeada de agua y tierras fértiles. Esta es una semejanza más con la concepción medievalista del mito de las Siete Ciudades.

Después de esta revisión histórica, este apartado tiene como objetivo retomar la historia de los antiguos mexicanos para rescatar la idea antropológico-cultural que en ellos existía de crear “siete poblaciones” en cada uno de sus asentamientos. La concepción descrita anteriormente debió haber permanecido en la mente y cultura de los indígenas, pasó de generación en generación, conformando un símbolo que se mantuvo presente a través de la cultura hasta aquellos indígenas que sirvieron de guías a los españoles en el camino hacia Cíbola. Quizá sabían que existía Cíbola y que esta estaba conformada por “siete pueblos”, o probablemente sólo repetían los recuerdos y símbolos de su propio pasado en relación con sus asentamientos septenarios. Dentro de la cosmogonía azteca, se mencionaban “siete tribus” que partieron de “siete cuevas” o ciudades como lo explicamos anteriormente. Por lo tanto, en la memoria colectiva indígena se conocía este tipo de establecimientos septenarios. Se sabía que cada uno estaba dirigido por un sacerdote, lo que tenía gran similitud con el mito español de las “siete ciudades”.

Como punto complementario considero conveniente decir aquí que también existe otro mito sobre los orígenes de los nahoas. Fue recogida y relatada por Sahagún y habla de que los nahoas provenían de un lejano país más allá del mar, el cual rodea la isla terráquea. Creían que al este del mar se encontraba el país del Sol, mientras que al oeste estaba el país de los muertos.

Un *Códice* que trata de las migraciones de un grupo de toltecas que vivían entre los tarascos de Michoacán reúne ambos conceptos: muestra hacia el oriente, más allá del mar, atravesado por los antepasados montados en perros y tortugas, el lugar de la vasija de piedras preciosas, cueva de cuyas fauces emergieron «los pobladores de Aztlan, otra vez en número siete» (Krickeber, 1993: 41-42).

(desgraciadamente este autor no menciona el código al que hace referencia).

Sin duda que mucho se puede especular sobre el tema: la coincidencia de la aparición de las Siete Ciudades puede explicarse si aceptamos la idea de que con la invasión de España por los árabes salieron siete agrupaciones dirigidas por siete sacerdotes con rumbo hacia alguna Isla. Esta isla fue poste-

riormente conocida como la Antilia y en ella fundaron siete ciudades. Por mi parte encuentro una posible forma de interpretar la similitud: la posibilidad de que los dos pasados simbólicos, el español y el indígena, ligados con “siete ciudades” tengan relación de carácter antropológico-cultural a través del símbolo.

Muy posiblemente los españoles, a su vez, reinterpretaron estas creencias como parte del contenido cultural de los antepasados de los indígenas con quienes ellos interactuaban en relación con el funcionamiento de una organización septenaria, donde quiera que se asentaban y formaban una agrupación nacional independiente, como las “siete cuevas de Chicomoztoc” y que ella obedecía a un recuerdo de su organización en su antigua “Isla de las Siete Ciudades. Pudo ser así que las ciudades que aseguró haber visto fray Marcos de Niza y que fuera a buscar Francisco Vázquez de Coronado podrían haber sido, por el lado de la tradición indígena, las mismas que aparecen en el inconsciente colectivo del mito náhuatl y que se situaban míticamente en el norte. Por el lado de la tradición española, se enlazan con el propio mito de las Siete Ciudades de la Antilia.

Sin duda que los españoles, y en especial los franciscanos, buscaban relacionar el mito náhuatl con la interpretación de la salida de la Atlántida y así justificar la existencia de sus propia concepción de las Siete Ciudades. Recordemos que como resultado de su época, los primeros cronistas españoles trataban de explicarse los varios aspectos de las culturas autóctonas, de acuerdo con su celo religioso. Por lo mismo, en el momento de la Conquista quisieron encontrar pruebas de la verdad de sus creencias reinterpretando en el marco de la religión católica lo que los indios les informaban, lo que ellos observaban y lo que provenía de la tradición y se conservaba y manifestaba en ese momento histórico.⁶

El padre fray Andrés de Olmos, citado en fray Jerónimo de Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana*, en el capítulo XXII dice que los indios eran descendientes de los judíos, originarios de la misma Judea. Los españoles sustentaban, de acuerdo con sus creencias bíblicas, la idea de que los aztecas

⁶ Ejemplo claro de lo anterior radica en uno de los aspectos antropológicos más interesantes, el origen de los mismos indios que habían conquistado. “El primero de los escritores españoles que da razón del origen de los mexica, es su conquistador Hernán Cortés; pero lo hace con demasiado laconismo, pues se limita a decir, en su segunda *Carta-relación* al emperador Carlos V, enviada de Segura de la Frontera con fecha 30 de octubre de 1520, informando sobre su primera entrevista con Moctezuma, que éste le contó que los mexicanos no eran naturales de la tierra, sino extranjeros venidos a ella de partes muy extrañas; y más tarde repite que le dijo Moctezuma, «que no eran naturales de la tierra, y que habían muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella».

habían atravesado el mar para venir a ese continente. Sin embargo, como dice Chavero, estas opiniones no se encontraron en ninguno de los historiadores más inmediatos a la Conquista. El cronista Antonio de Herrera, en el capítulo X del libro II de la *Década III*, copia lo dicho por Acosta sobre las migraciones y agrega: “y decían que para llegar al lugar de las siete Cuevas, atravesaron un Brazo de mar en troncos de árboles, que debían ser canoas mal labradas”. Para 1613, Torquemada, autor de la *Monarquía Indiana*, argumenta haber tenido en su poder una pintura por la que parece que “Pasaron algún gran Río o pequeño Estrecho y Brazo de Mar, cuya Pintura, parece hacer media Isleta, en medio de los Brazos que divide estas Aguas” (Torquemada, 1963: 52). Las preocupaciones religiosas de los españoles los motivaban a buscar el origen de los indios de acuerdo con las narraciones de la Biblia.

Es por ello que varios cronistas concordaban en que el origen de estas tribus, antes de chicomoztoc, era el otro lado del mar. Se tenía, entre otras, la teoría de haber cruzado del otro continente por el también mítico “estrecho de Anián”. Lo importante para sus concepciones ideológicas era demostrar la permanencia de las fuentes bíblicas para justificar la existencia de la raza humana en otro continente. Prevalecía la necesidad de demostrar que todos los seres humanos procedían de los sobrevivientes del diluvio y, específicamente, del patriarca Noé, y que no solamente poblaron el Viejo Mundo, sino que pasaron al Nuevo por el norte, llegando hasta México.

Encontramos otra visión sobre la idea indígena con relación al mito de las Siete Ciudades: El antropólogo Carlos Castaneda afirma que para “don Juan Matus, la ciudad de Cíbola no fue un mito inventado para que se fueran los españoles ávidos de oro. Esa ciudad, dotada de un centro ceremonial, existía realmente, aunque también era, para los hombres de conocimiento, la residencia de los dioses. La entrada de Cíbola era el acceso a esa parte del alma donde todo es luz” (Cocagnac, 1993: 97). Don Juan y Castaneda creen que los participantes en las expediciones que buscaban los tesoros de las siete ciudades fueron víctimas de los indios. En el sentido que fueron los jugos de plantas alucinógenas lo que les hizo entrever las ciudades de oro de sus sueños, “[...] cayeron fácilmente bajo los golpes de los guerreros guardianes de los misterios del mundo. Quizá algunos asistieron al Sahlako, en el que hombres disfrazados y enmascarados descienden bailando de su montaña santa para entrar en la ciudad. Entonces ya no son figurantes, sino las propias divinidades que visitan a los hombres” (Cocagnac, 1993: 98). Todo lo anterior no es comprobable, ya que ni en las descripciones de Niza ni en las dejadas por la expedición de Vázquez de Coronado se menciona nada respecto a las plantas alucinógenas. Sin embargo, sí es importante considerar que

para los indígenas los territorios de Cíbola y Quivira efectivamente eran lugares luminosos religiosa y mágicamente. Es decir, que brillaban con luz propia, percepción que la codicia y experiencias anteriores de los españoles se convirtieron en la idea de que en ellas existiera oro.

Otra teoría que resulta interesante es la que se deriva de lo que el autor Enrique Florescano afirma al referirse que: tras las depredaciones, esclavitud y maltrato en la región de Nueva Galicia (una de las áreas periféricas de Nueva España colindante con la frontera chichimeca), que había ejercido el gobernador Nuño Beltrán de Guzmán, la respuesta de los grupos indígenas asentados en esa región, hasta entonces dispersos y carentes de la compleja organización social y política de los pueblos del centro-sur, fue unificarse en contra de los españoles. La vuelta a una edad mítica nativa “en que todo era bueno” inspiró las insurrecciones indígenas más violentas que enfrentaron los españoles después de la toma de Tenochtitlán. Florescano escribe que Según las fuentes españolas no se conocen testimonios indígenas directos, la insurrección fue instigada por unos «hechiceros» o «emisarios del diablo», provenientes del norte (de la serranía de Tepeque y Zacatecas, es decir, indios bravos no sometidos), quienes divulgaron en los pueblos de Nueva Galicia (Cuitlan, Hueli, Coltlan, Tepeque, Tlatenango, Suchipila), la noticia de que su dios se había propuesto expulsar a los españoles. Decían que su dios había formado un ejército inmenso, compuesto por todos los indios que habían muerto y que él había resucitado: “Este dios indígena trae consigo resucitados a todos vuestros antepasados con muchas riquezas y joyas de oro y turquesas y plumas y espejos y arcos y flechas que nunca quiebran, y mucha ropa para nuestro vestido y muchas cuentas y otras cosas para las mujeres” (Florescano, 1994: 329).

Lo anterior nos permite especular con la idea de que las ideas que llegaron a Beltrán de Guzmán no eran otra cosa más que la mitología indígena plasmada en el descontento de los indios por la opresión española, y que ésta repercutió en la creencia de los españoles sobre la existencia de oro, turquesas y piedras preciosas en los territorios norteños.

EL “SIETE” COMO PARTE DEL SÍMBOLO Y MITO

Estrechamente unido con los mitos indígena y español de que hemos hablado, se encuentra la noción del “siete” como numeral descriptivo e interpretativo. En este apartado pretendo resaltar esa concepción que permanecía en ambas culturas, que se manifestó en el momento de la llegada de los españoles y que se vinculaba con los asentamientos conformados por “siete” ciudades, poblados, asentamiento o cuevas.

El “siete” es un número que se repite en diferentes signos reales y en símbolos de sentido abstracto; ejemplo: los siete días de la semana, los siete planetas, los siete colores del arco iris, los siete grados de la perfección, las siete esferas o niveles celestes, los siete pétalos de la rosa, las siete cabezas del naja de Angkor, las siete ramas del árbol cósmico y sacrificial del chamanismo, las siete columnas o pilares de la sabiduría, las siete musas, etcétera.⁷

Entre los indios norteamericanos este número

representa las coordenadas cósmicas del hombre, por adición de los cuatro puntos cardinales (plano de la inminencia) y el eje del mundo, que atraviesa este plano por su centro, que es «el aquí» (el hombre), y se termina por lo de arriba y por lo de abajo: $7 = 4$ (puntos cardinales) + 2 (eje vertical) + 1 (centro), siendo este 1 el resultante del encuentro entre 4 y 2. La oposición trascendental del arriba y el abajo se resuelve por el encuentro con el plano de inminencia en la unidad, que es el lugar del hombre (Chevlier, 1988: 946).

La interpretación que hace el autor Muller Werner sobre la división que los indios pueblo hacían de su ciudad santa, Zuni, la cual se deriva de la cultura nahoa, explica que la ciudad era considerada como el centro del universo. Su división en siete partes corresponde, a su vez, a los siete barrios del mundo. Werner afirma que los indios consideraban que en Zuni se reunían siete antiguas aldeas que representaban la misma división del cosmos.⁸ “El número siete es casi universalmente el símbolo de una totalidad, pero de una totalidad en movimiento o de un dinamismo total” (Chevlier, 1988: 493).

Además el “siete” implica la completación de un ciclo e indica el paso de lo conocido a los desconocido. Designa, entre otras cosas, la plenitud de un periodo de tiempo concluido como la creación en el Génesis; el acabamiento de un tiempo, de una era, de una fase. Podemos concluir que es un número sagrado, algunas veces maléfico y otras benéfico.

Si recordamos la concepción cristiana y especialmente franciscana sobre el milenarismo, que habla del fin de los tiempos, podríamos explicar la búsqueda de la existencia de Siete Ciudades como la representación justificativa de un nuevo inicio socio-antropológico. Después de todo en esas Siete

⁷ Algunos septenarios son símbolos de otros septenarios como la rosa de siete pétalos que evoca los siete cielos, las siete jerarquías angélicas, ambos conjuntos perfectos, etc. Este número se emplea frecuentemente en la Biblia, por ejemplo: candelabro de siete brazos; siete espíritus reposando sobre la vara de Jesé; siete cielos donde habitan los órdenes angélicos; Salomón construye el templo en siete años, la creación del mundo en siete días, etcétera.

⁸ Werner Muller, “Les religions del Indiens d’Amérique du Nord”, en *Les religions amérindiennes*, París, 1962.

Ciudades se presuponía la existencia de grandes riquezas que auguraban un seguro bienestar material y con ello facilitaban un mejor futuro espiritual, especialmente porque proporcionaban la posibilidad de la conversión de esa multitud de gentiles asentados en ellas. Es decir, la idea del fin del mundo milenarista se fundía con el simbolismo del "siete", que indica el término de un ciclo y el tránsito hacia un nuevo inicio.

Finalmente diremos que la coincidencia del "siete" podría interpretarse en el marco de la idea europea a partir de una explicación completamente diferente a la que pudiera darse en la concepción indígena. Pero lo cierto es que, durante el siglo XVI cuando se realizaron las expediciones de Nuño de Guzmán, de Cabeza de Vaca, de fray Marcos de Niza y de Vázquez de Coronado, ambas ideas que concordaban en la presencia de las Siete Ciudades se unieron en la persecución de un solo fin: alcanzar las Siete Ciudades con su promesa de oro y turquesas, la riqueza material y la de sus pobladores gentiles con quienes se abría la posibilidad espiritual de la conversión de los últimos indígenas, lo cual aseguraría la instauración de una nueva etapa, la del milenarismo.

CONCLUSIONES

La realización de las expediciones españolas en busca de nuevos territorios son de gran importancia en sus aspectos antropológico-culturales y científicos. Fueron sin duda alguna las primeras manifestaciones de la nueva cultura formada por el encuentro de los españoles con los indígenas. La idea cristiano-española renació con fuerza en la mentalidad indígena, mezclada con las ideas escatológicas nativas. Ambas culturas vieron en la existencia de las Siete Ciudades la evocación del alma profunda como ciudad espiritual.

Las expediciones de Coronado y Niza reflejan en la búsqueda de un mito, el de las Siete Ciudades, el hecho de que su mente abarcaba un conjunto de creencias que no necesariamente eran congruentes, ni ciertas, pero que sí eran particularmente españolas. Quizá entre otras razones al convertir a los indios al cristianismo y al involucrarlos en un futuro mundo pleno de riquezas y poder los hacían suyos para compartir con ellos las mismas creencias.

No debemos olvidar que los mitos, símbolos y signos caracterizan y tipifican a una sociedad. La concepción española del mito y su semejanza con creencias indígenas constituye parte de los valores que, a su vez, tipificaban a ambas sociedades, por lo cual, al conjuntar sus objetivos y dirigirlos a su realización en ocupar un mismo espacio, pudieron fusionarse para formar un nuevo esquema de valores.

En resumen podríamos afirmar que el mito de las Siete Ciudades tuvo su origen en la Edad Media y que de ahí se transmitió de generación en generación con algunas modificaciones hasta renacer en el contexto de las exploraciones españolas en el septentrión novohispano durante el siglo XVI. Asimismo, la noción septenaria del pasado indígena se conservaba hasta la llegada de los españoles y se identificó claramente con el mito español, lo que permitió la fusión de una misma creencia, aunque con concepciones probablemente distintas. Este mismo mito fue finalmente el impulsor y motor que sirvió para motivar, apoyar y realizar dos expediciones hacia territorio de Arizona y Nuevo Mexico, que arrojaron como resultado importantes aportaciones científico-tecnológicas para el desarrollo del conocimiento (Rodríguez-Sala, 1993: 89-118).

ABSTRACT

The *myth of the seven cities* was an idea shared by adventurers, cartographers, explorers and sailors, about the existence of seven cities within an island. These cities were supposed to have great wealth in gold and precious stones. This legend may be of medieval European tradition, and derive from the one of the island Antilia, but it may also have sources in indian stories, related to the importance of the number seven in the mythical origin of the nahuatl-speaking people. Both legends coincided and compelled the search for these cities. The Spanish crown organized several explorations of what later became known as Cibola and Quivira. Two of the most important expeditions were lead by Fray Marcos de Niza and Francisco Vázquez de Coronado, who did not fulfill their dreams, but gathered important information about the region that is now the Northwest of Mexico and the Southwest of the United States of America.

BIBLIOGRAFÍA

ALESSIO ROBLES, Vito

1978 *Coahuila y Texas en la época colonial*, 2ª ed. Porrúa. México.

BALDWIN, P. M.

1926 Fray Marcos de Niza and his discovery of the Seven Cities of Cibola. *History society of the New Mexico*. Santa Fé.

BANCROFT, Hubert H.

1889 *History of Arizona and New Mexico*. San Francisco.

BOLEA, José

1972 *Viento del noroeste*. Oasis.

BOLTON, Herbert E.

1949 *Coronado Knight of Pueblos and Plains*. The University of New Mexico Press. Albuquerque, New Mexico.

1964 *Bolton and the Spanish Borderlands*. University of Oklahoma.

BONILLA, Manuel

1980 *De Atlatlan a México (Peregrinación de los nahoas)*. Instituto de Investigaciones de Ciencias y Humanidades-Universidad Autónoma de Sinaloa. México.

BORAH, Woodrow

1971 Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico, el Perú y la Baja California. *Estudios de Historia Novohispana*, IV, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. México.

BOSCH GARCÍA, Carlos

1989 El trabajo previo a América. *Historia Mexicana*, XXXVIII (4). México.

CHAVERO, Alfredo

1955 *Los azteca o mexica. Fundación de la ciudad de México Tenochtitlán*. Ed. Libro Mexicano. México.

CHEVLIER, Jean (dir.) y Alaina GHEERBRANT (coord.)

1988 *Diccionario de los símbolos*. Herder. Barcelona.

COCAGNAC, Maurice

1993 *Encuentros con Carlos Castaneda y Pachita*. Índigo. México.

CORTÉS, Hernán

1963 *Cartas y documentos*. Intr. de Mario HERNÁNDEZ DE SÁNCHEZ-BARBA. Porrúa. México.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (coord.)

1946 *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*. Guaranía. Buenos Aire. 5 tomos.

FLORESCANO, Enrique

1994 *Memoria mexicana*. FCE. México.

GANDÍA, Enrique de

1929 *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Juan Roldán y Compañía Editores. Madrid.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (ed.)

1858-1966 *Colección de documentos para la historia de México*. México. 2 vols.

HAMMOND, George P.

1940 *Coronado, seven cities*. Albuquerque.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de

s. f. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de el mar oceano*. Guarania. Asunción del Paraguay. 10 tomos.

ICAZA, Francisco

1969 *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España*. Biblioteca de facsímiles mexicanos. Madrid.

KIRK, Geoffrey Stephen

1985 *El mito. Su significado y funciones en la antigüedad y otras culturas*. Paidós Studio. México.

KRICKEBERG, Walter

1993 *Las antiguas culturas mexicanas*. FCE. México.

LACALLE, Carlos

1961 *Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hazañas americanas de un caballero andaluz*. Colección Nuevo Mundo. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid.

LAFAYE, Jacques

s. f. *Los conquistadores*. Siglo XXI. México.

1984 *Mesías, cruzadas, utopías. El judeocristianismo en las sociedades ibéricas*. FCE. México.

LAZCANO, J.

1980 *El Chicomoztoc de Culhuacan (Culiacancito, Sin.)*. Instituto de Investigaciones de Ciencias y Humanidades-Universidad Autónoma de Sinaloa. México.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

1989 *Cartografía y crónicas de la antigua california*, UNAM / Fundación de Investigaciones Sociales. México.

MAJÓ FRAMIS, Ricardo

1946 *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI*. Aguilar. Madrid.

MIER, Fray Servando Teresa de

1944 *Escritos inéditos*. El Colegio de México. México.

MOTA Y PADILLA, Matías

1924 *Historia de la conquista del Reino de la Nueva Galicia*. Impr. y Librería de Fortino. Guadalajara.

NUÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar

1922 *Nafragios y comentarios*. Espasa-Calpe. Madrid.

OROZCO Y BERRA, Manuel

1881 *Apuntes para la historia de la geografía en México*. México.

PACHECO, CÁRDENAS y DE MENDOZA (eds.)

1864-1984 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía (CODOIN)*. Madrid. 42 vols.

1864-1984 *Descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*. Madrid. 42 vols.

PIRENNE, Henri

1981 *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*. FCE. México.

PORTILLO Y DÍAZ DE SOLANO, Álvaro

1980 *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*. Rialp. Madrid.

RODRÍGUEZ-SALA, Ma. Luisa, Ma. Eugenia CUÉ, Ignacio GOMEZGIL R. S.

1993 *Navegantes, exploradores y misioneros en el septentrión novohispano, Siglo XVI*. Conaculta / Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México.

SENNA FREITAS, B. F. de

1945 *Memoria histórica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha ao norte da Terceira*. Brasil.

STEPHEN, Clissold

1984 *The Seven Cities of Cibola*. E & S. EUA.

TORQUEMADA DE, Juan

1963 *Monarquía indiana*. Universidad Veracruzana. Xalapa, México.

TORRES, José de

1851 *Memoria acerca dea originalidades da navigação do Oceano Atlántico*. *Revista dos Acores*. Punta Delgada.

TORRES CAMPOS, Rafael

1892 *España en California y el noroeste de América*. Madrid.

TRES CARTAS FAMILIARES...

1885 Tres cartas familiares de Fr. Juan de Zumárraga y contestación a otra que le dirige Fr. Marcos de Niza. *Boletín de la Real Academia de Historia*. Impr. de Fontanet. Madrid.

TRUEBA, Alfonso

1961 *Cabeza de Vaca*. Jus. México. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid.

VELÁZQUEZ, Ma. del Carmen

1975. *Establecimiento y pérdida del Septentrión de la Nueva España*. El Colegio de México. México.

WAGNER, Henry

1966 *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century*, 2ª ed. California Historical Society, N. Israele. Amsterdam.